

El Jardín de los Últimos Días

I. Susurros

Hubo un tiempo en que la Tierra susurraba con dulzura. El viento danzaba entre los álamos como un cantor de romances viejos, y los ríos no arrastraban más que el eco de los cantos de las montañas. Entonces, el hombre, creído Prometeo, se afanó en doblegar los elementos. Y ahora, que el aire duele al respirar y los árboles gimen como ancianos desterrados, nos queda la palabra: esa última brasa que arde en la conciencia. Escribo este ensayo como quien deja constancia de una herida que sangra en silencio. No es solo un relato, sino un testamento: el de la humanidad enfrentada a su espejo más incómodo.

II. El relato del niño de agua

Había en el norte de Chile un niño llamado Samuel que jamás conoció la lluvia. Su madre le contaba, como si fueran leyendas, historias de aguaceros que hacían reír a los techos y que perfumaban la tierra con un aliento vegetal. Samuel no entendía por qué los adultos miraban el cielo con ese rictus de súplica en el rostro. Su pueblo, San Lorenzo de Atacama, había sido un vergel en tiempos remotos. Hoy era un parpadeo de polvo entre la arena.

Cada mañana, Samuel recorría a pie seis kilómetros hasta un pozo comunitario. El agua salía como un suspiro de roca. En su mochila llevaba tres botellas vacías y una esperanza heredada. Un día, al regresar, vio morir a su perro bajo un sol que parecía haber enloquecido. Aquel día, comprendió el poder del cielo y el silencio de los hombres. Años después, cuando un consorcio extranjero compró el último acuífero, su pueblo fue evacuado. Samuel terminó en la periferia de Iquique, donde los niños juegan con garrafrones vacíos.

Allí, la vida era otra forma de espera. Samuel creció entre filas para racionamientos y las palabras mudas de una madre que envejecía antes de tiempo. Comenzó a escribir con un lápiz que encontró en un centro comunitario; no redactaba poemas ni cuentos, sino inventarios: "Día 53 sin lluvia", "Día 74: el vecino de la casa verde vendió su tanque". Aquellos apuntes eran su forma de resistir al olvido. Una noche, cuando cumplió quince años, escribió en una pared: "El agua es un derecho, no un lujo". Al día siguiente, alguien

añadió debajo: "Y también una memoria". Samuel entendió entonces que, incluso entre la escasez, podía brotar algo más que sed: podía florecer conciencia. En sus ojos había una semilla que aún no había muerto. Un niño que nunca conoció la lluvia aprendía a regar el futuro con palabras.

III. La memoria del bosque

A los diecisiete, Samuel fue desplazado a un campamento de jóvenes en la zona sur del país, una región antaño fértil, hoy cercada por incendios forestales y tala ilegal. Allí conoció a una mujer llamada Ana, de origen tikuna, que hablaba del "espíritu del verde" como si fuera un abuelo perdido. Ana llevaba consigo un cuaderno repleto de dibujos y palabras en su lengua ancestral, un eco tenue de su comunidad arrasada. Cuando Samuel le habló de San Lorenzo, Ana asintió en silencio, como quien reconoce en otro la misma herida.

Durante semanas, caminaron juntos por zonas devastadas, recolectando testimonios, hojas secas, fotografías de árboles que ya no existían. Samuel aprendió de Ana que la naturaleza también reza, que los troncos rotos y las mariposas desaparecidas forman parte de una liturgia callada. Cuando un grupo armado los amenazó por documentar talas ilegales, Ana quemó su cuaderno en una ceremonia silenciosa. Samuel, en cambio, lo copió todo en sus libretas de inventario, palabra por palabra, dibujo por dibujo. Las cenizas de Ana volaron, sí, pero su memoria encontró refugio en la tinta de Samuel. Desde entonces, él ya no escribía solo por sed, sino también por los árboles, por los ausentes, por la vida que aún puede renacer del polvo.

IV. Las palabras que reverdecen

Samuel volvió a Iquique con una convicción férrea y una nueva voz. Ya no era el niño que cargaba botellas vacías, sino un joven con palabras afiladas como raíces. Fundó un pequeño círculo de escritura en un centro cultural que resistía la indiferencia estatal. Allí llegaban chicos como él, deshidratados de futuro pero sedientos de sentido. Ana, aunque lejos, seguía viva en cada hoja que Samuel compartía.

Empezaron a crear un archivo de la pérdida. No un museo del desastre, sino una cartografía emocional de lo ausente: el naranjo que ya no da sombra, el arroyo que se

convirtió en piedra, la luciérnaga que nadie más ha visto. Samuel comprendía que nombrar las ausencias era una forma de devolverles existencia, al menos simbólica. Esa dimensión poética, heredera del viejo Unamuno, le otorgaba al sufrimiento un rostro, una dignidad. Como decía en sus charlas: "Si lo que desaparece no tiene palabras, entonces ha muerto del todo".

Un día, alguien dejó un paquete en la puerta del centro cultural. Dentro había un cuaderno de tapas rojas, cubierto de polvo y humedad. Era el cuaderno de Ana. No el que había quemado, sino uno anterior. En él, había anotaciones sobre la savia de ciertos árboles, las costumbres migratorias de las aves y un canto ritual que terminaba con estas palabras: "Cuando la tierra muera, nosotros la soñaremos de nuevo". Samuel lloró por primera vez en años. Aquel cuaderno fue guardado como un código sagrado.

La historia de Samuel comenzó a difundirse. Una ONG ambientalista lo invitó a dar conferencias. Un medio digital publicó una crónica sobre su archivo. Pero él no buscaba fama, sino redención. Hablaba siempre desde la herida, con esa solemnidad que no excluye ternura. Su relato tenía la fuerza de una profecía laica. Una periodista le preguntó una vez: "¿Qué esperanza le queda a un niño que nunca vio llover?". Él respondió: "La de hacer llover palabras. Que no curan la sed, pero fecundan el alma".

En un congreso en Valdivia, un anciano mapuche se le acercó y le dijo: "Tú has recogido las voces de los que ya no tienen lengua. Eres memoria con pies". Samuel lo abrazó sin responder. Esa noche, llovió por primera vez en meses. Era una lluvia fina, casi tímida, pero suficiente para emparar los techos y despertar el perfume olvidado de la tierra. Algunos dijeron que fue casualidad. Otros, que fue justicia. Samuel solo cerró los ojos y dejó que el agua cayera sobre su rostro como una bendición antigua. Por fin, la lluvia también era suya.

V. El abismo que respira

Pero el mundo no cambia con una lluvia ni con una lágrima. Las cicatrices del planeta siguen abiertas, supurando dióxido y abandono. Samuel lo sabía. No se trataba solo de datos: grados centígrados, partes por millón, milímetros de precipitación. Se trataba de desgarros. De cuerpos desplazados. De lenguas que ya no se hablan. De paisajes que solo

existen en la memoria de los ancianos. El cambio climático no es una amenaza abstracta, sino una fisura ontológica: somos, y a la vez, dejamos de ser. La crisis climática es también una crisis del alma. Hemos desertado de nuestro lugar en el cosmos, como si pudiéramos ser inquilinos sin pagar renta. Y ahora la Tierra cobra intereses con incendios, sequías, pandemias.

Samuel comenzó a escribir con mayor urgencia. Creó una antología titulada "Oraciones para el polvo", donde reunía relatos, poemas y testigos del colapso: la historia de un pescador de Arica que ya no encuentra cardúmenes; la de una mujer mapuche que guarda semillas como si fueran reliquias; la de un niño boliviano que juega a construir glaciares con hielo de refrigerador. Esas pequeñas historias eran, para él, más verdaderas que cualquier informe del IPCC. Porque en ellas latía el dolor de la especie.

Un día recibió una carta desde el extranjero. Era una invitación para presentar su libro en una universidad europea. Le ofrecían viaje, alojamiento, un auditorio lleno. Pero Samuel no aceptó. "¿De qué sirve hablarle a quienes miran el problema como una estadística?", escribió como respuesta. "Prefiero quedarme aquí, donde el problema tiene nombres, lágrimas y cicatrices". A los pocos días, con ayuda de la ONG, organizó un festival en la costa norte, donde las olas ya alcanzaban casas que antes estaban lejos del agua. Lo llamó "La Fiesta de lo que queda".

Allí se recitaron poemas al sol ausente. Se colgaron fotografías de los últimos árboles. Un grupo de teatro interpretó una pieza sobre un bosque que soñaba con ser hombre para rogar por su vida. Samuel cerró el acto con una frase escrita en una manta: "No es tarde si el alma despierta". Y el viento, como en los viejos tiempos, pareció entenderlo. Porque sopló suave, casi cómplice, removiendo la arena y el polvo, como si buscara una semilla olvidada.

Desde entonces, cada año, Samuel y su comunidad celebran esa fiesta. No como un lamento, sino como un acto de resistencia poética. Porque hay derrotas que iluminan, y palabras que, como raíces, rompen la piedra. A veces, alguien pregunta por qué lo hace, si ya todo está perdido. Él responde con una media sonrisa: "Porque mientras quede una historia, quedará mundo. Y mientras quede mundo, aún hay esperanza".

VI. Las luciérnagas del abismo

Pero hay algo más fuerte que la desesperación: la ternura. Samuel lo descubrió al conocer historias que brillaban como luciérnagas en la noche más densa. Le hablaron de un joven ingeniero en Kirguistán que diseñaba casas que respiraban con el clima, sin electricidad, emulando los tejidos de las hojas y la ventilación de las madrigueras. Aquellas viviendas, construidas con materiales reciclados y estructuras bioclimáticas, eran un canto de reconciliación entre el ser humano y su entorno. Y en Ruanda, un colectivo de mujeres transformaba residuos en esculturas que contaban la historia de sus aldeas, utilizando los restos del plástico como si fueran hilos de una nueva narrativa.

En esos actos mínimos, a veces invisibles para los medios, Samuel encontraba un fulgor sereno. La esperanza no era, como algunos decían, un lujo de los ingenuos. Era una forma de rebeldía. De resistencia. Como quien riega un jardín en mitad del desierto, sabiendo que quizá nunca florezca, pero aún así lo intenta.

Inspirado por estas historias, Samuel promovió un proyecto en la periferia de Iquique: convertir un terreno baldío, cubierto de escombros, en un huerto comunitario. Los vecinos se sumaron, primero con escepticismo, luego con entusiasmo. Traían semillas viejas, compost, herramientas herrumbrosas. Las madres enseñaban a los niños a plantar, a oler la tierra, a reconocer los brotes. Y cuando la primera acelga asomó entre la arena, una mujer mayor lloró en silencio. “Esto es lo que somos”, dijo. “Lo que siempre fuimos”.

Samuel decidió llamar al huerto “Ana Rema”, que en lengua tikuna significa “La tierra que regresa”. Colgó un cartel hecho a mano con esa frase y una mariposa dibujada. Era su manera de honrar a Ana y a todos los que habían sembrado conciencia desde la sombra. El huerto se convirtió en un espacio de encuentro, de conversación, de sanación. Venían personas de otras zonas a aprender, a compartir sus historias. Algunos traían libros, otros, canciones. Uno llevó un pan hecho con harina de algarrobo, y otro, un cuaderno lleno de recetas olvidadas.

Los encuentros en Ana Rema se fueron haciendo mensuales y se empezaron a compartir relatos sobre el cambio climático. Allí no se leían cifras ni diagnósticos técnicos: se hablaba de abuelos que ya no cultivan, de ríos que cambiaron de rumbo, de plantas que

no florecen como antes. Era un modo de devolver al problema su dimensión humana. De reencantar el mundo desde la palabra.

Una noche, durante uno de esos círculos, una niña se acercó a Samuel con timidez. Tenía siete años y traía una hoja de papel con un dibujo: una casa, un sol y una nube que lloraba gotas azules. En el margen había escrito: "Yo quiero que llueva como en los cuentos de mi abuela". Samuel le agradeció y guardó el dibujo entre las páginas de su libreta. Supo entonces que su labor no era solo resistir el olvido, sino también sembrar deseo. El deseo de un mundo posible.

Al año siguiente, el huerto Ana Rema fue invitado a participar en una red internacional de iniciativas regenerativas. Samuel viajó por primera vez al extranjero, esta vez no como testigo del colapso, sino como mensajero de la ternura. Habló en conferencias, participó en talleres, escuchó relatos de Bangladesh, de Groenlandia, de Filipinas. Historias de pérdida, sí, pero también de reparación. Y comprendió que su lucha no era aislada. Era parte de una sinfonía subterránea, una orquesta de actos diminutos que tejían una nueva sensibilidad planetaria.

A su regreso, lo esperaron con carteles pintados a mano: "Bienvenido, Samuel de la lluvia". Él sonrió, y esa noche, mientras regaba el huerto con manos callosas, miró el cielo estrellado y pensó en Ana, en su madre, en su perro muerto bajo el sol, en los niños que juegan con garrafones vacíos. Y sintió que, a pesar del dolor, había algo invencible: la capacidad de soñar juntos.

Porque el cambio climático no solo destruye territorios: también puede forjar comunidades. Puede despertar una épica de lo común, una ética del cuidado. Como una grieta por la que entra la luz, como una herida que se vuelve flor. Samuel, el niño que nunca vio llover, había aprendido a sembrar esperanza con manos rotas. Y eso, quizá, sea la forma más radical de futuro.

Cada año, el "Festival de lo que Queda" se llena más. Ya no solo acuden habitantes del norte de Chile. Vienen desde el sur, desde el altiplano, desde otros países. Llevan sus historias, sus cantos, sus semillas. La fiesta se ha vuelto rito y resistencia. En ella, Samuel repite una frase que ya todos conocen: "La esperanza no es ingenuidad. Es rebeldía". Y en ese decir, hay algo más fuerte que el miedo: la certeza de que, mientras una sola luciérnaga alumbra la oscuridad, aún no estamos vencidos.

VII. Los que miran el deshielo

Mientras Samuel seguía cultivando esperanza con los dedos hundidos en la tierra, el mundo le devolvía ecos lejanos de otras resistencias. En Noruega, los glaciares lloraban. Erik, un guía turístico en Svalbard, había recorrido durante años las rutas del hielo ancestral. Sus palabras, alguna vez impregnadas de entusiasmo por las auroras boreales y las migraciones de ballenas, se habían vuelto sombrías. Ahora ofrecía charlas de duelo. Mostraba fotografías tomadas con esmero: el mismo fiordo a través del tiempo, primero majestuoso, ahora desfigurado, como un cuerpo exánime.

-No solo pierden hielo -decía con voz pausada-. Pierden tiempo. Y sin tiempo, no hay historia.

Esa frase llegó a Samuel a través de un correo, acompañado por una imagen: una montaña desnuda, allí donde antes se alzaba un glaciar. Sintió un estremecimiento. El cambio climático no era una amenaza abstracta: era una amputación silenciosa, una mutilación del tiempo mismo. Las heridas no eran solo ecológicas; eran cronológicas, existenciales.

En el mismo continente africano que inspiró los colores de Ana, una joven somalí llamada Fatuma escribía poemas en servilletas. Su padre había muerto buscando agua. Caminó días con su madre hasta llegar a un campamento donde las tiendas no protegían del viento, pero ofrecían sombra. Fatuma enterraba sus versos bajo piedras: “Para que la tierra no olvide mi voz”, decía.

A Samuel le llegó una de esas servilletas digitalizadas a través de una ONG. En el poema se leía:

“Aunque no llueva,
el desierto también sueña.
Y mi lengua es semilla”.

Samuel leyó esos versos en el siguiente "Círculo de la Tierra Memoria". Cuando terminó, un silencio espeso invadió el huerto. Nadie aplaudió, como si lo sagrado no necesitara ruido. Aquel día, entendió que no estaba solo en el duelo. El cambio climático era una red de ausencias, pero también una red de voces. Y esas voces, como raíces invisibles, sostenían el alma del planeta.

Inspirado, Samuel propuso crear un mural en una de las paredes del huerto. Lo pintaron entre todos: en el centro, una figura femenina con un cuaderno abierto en llamas. A su izquierda, un glaciar que se derrite en forma de reloj; a la derecha, un desierto con palabras brotando de la arena. Arriba, una luciérnaga enorme iluminando la escena. Lo titularon "Los que Resisten con Belleza".

Un día, Samuel recibió una invitación de Erik. Viajó a Noruega con la misma mochila que una vez cargó botellas vacías. Erik lo llevó hasta el borde de un glaciar en retroceso. Allí, en medio del hielo y el viento, Samuel plantó una semilla que había traído desde el huerto Ana Rema: una flor del desierto, resistente y testaruda. Era un gesto simbólico, sí, pero cargado de sentido. El hielo y el desierto se daban la mano.

Esa noche, Erik y Samuel compartieron té en un refugio. Hablaron de sus difuntos, de los paisajes que ya no existen, de las palabras que aún nos salvan. Erik le mostró más fotografías, y Samuel sacó el dibujo de la niña que pedía lluvia. "La memoria es agua", dijo uno. "Y la esperanza es hielo que no olvida", respondió el otro.

De regreso en Chile, Samuel encontró el huerto floreciendo con una fuerza inesperada. Algunos decían que era suerte. Otros, que habían comprendido el equilibrio del compost. Pero él sabía que había algo más: la energía de quienes sueñan, aunque no vivan para ver el resultado.

Samuel comenzó a visitar escuelas rurales, llevando el mensaje de Fatuma, de Ana, de Erik. Los niños escuchaban en silencio. Algunos hacían preguntas, otros lloraban. Y al final, siempre pedían sembrar algo. Una semilla, una palabra, una posibilidad. En cada escuela, dejaba un ejemplar del "Archivo de lo que Somos". Un acto modesto. Una luciérnaga más.

El cambio climático ya no era, para él, un fenómeno: era un relato inacabado. Una tragedia que podía devenir en canto si hallábamos la melodía. Y aunque sabía que el final seguía incierto, que el colapso se asomaba con dientes de acero, también sabía esto:

La ternura es una forma de rebelión. Y la memoria, un acto de justicia.

Ese año, el “Festival de lo que Queda” incluyó un ritual nuevo: la lectura de un poema de Fatuma, una proyección de las fotografías de Erik y la plantación simbólica de una flor del desierto en el centro del escenario. Samuel, de pie entre niños, ancianos y soñadores, cerró los ojos. Escuchó el viento, como si al fin llevara consigo una promesa.

Porque incluso si no llueve, pensó, el mundo merece ser sembrado.

VIII. Manifiesto para los que siembran

Este no es solo un ensayo. Es una semilla. Un llamado. Un eco del futuro que aún puede ser. No basta con describir; hay que exigir. No basta con entender; hay que actuar. Samuel lo comprendió cuando un niño, en una de las escuelas que visitó, le preguntó con una voz limpia y brutal:

- ¿Y por qué los grandes dejaron que esto pasara?

No supo qué responder. Porque no había una sola respuesta. Porque la culpa era difusa como el humo, pero el daño era concreto como la sed. Desde ese día, Samuel comenzó a escribir en las contraportadas de los libros del "Archivo de lo que Somos" frases que no eran solo reflexiones, sino convocatorias. Una de ellas decía:

Necesitamos una política con alma,

una economía con memoria,

una ciencia que abrace,

una educación que escuche.

El cambio climático no es solo una alteración del clima: es una distorsión de la dignidad humana. Cada especie extinta, cada cosecha arruinada, cada niño sediento, es una herida que debe dolernos como propia. Porque lo es. Y porque cada herida, nombrada y atendida, puede ser también un brote.

En una reunión con comunidades andinas desplazadas por el derretimiento de glaciares, Samuel escuchó a una anciana decir:

- Ya no nos mata el frío, sino su ausencia.

Esa frase quedó flotando como un conjuro roto. ¿Cómo se combate una ausencia? ¿Cómo se protege lo invisible? La respuesta estaba en la acción que nace del respeto. Invoco, pues, no una utopía, sino una ética: una forma de vivir que nos devuelva al vínculo sagrado con la Tierra.

Debemos convertirnos en guardianes, no en conquistadores; en sembradores, no en depredadores. La solución está, paradójicamente, en la humildad. En volver a arrodillarnos ante la Tierra, no para pedir, sino para cuidar.

Samuel organizó entonces los "Días del Cuidado", encuentros en los que se reunían personas de distintos oficios y edades a realizar labores restaurativas: limpiar ríos, recolectar semillas nativas, escuchar a los abuelos. Cada encuentro iniciaba con una lectura de relatos climáticos. Se trataba de hacer memoria, pero también de producir una nueva narrativa: la de los que todavía cuidan, de los que aún pueden elegir. Algunos lo llamaron ritual. Otros, simplemente, sentido.

En uno de esos días, una joven estudiante de biología llevó a su hermana menor. Esta, de apenas seis años, hizo un dibujo que Samuel nunca olvidaría: un planeta con curitas en forma de hojas. Abajo escribió: "La Tierra también tiene rodillas raspadas". La imagen fue impresa en todas las futuras ediciones del Archivo.

Poco a poco, la propuesta se fue diseminando. Desde Perú llegaron cartas de maestros que querían implementar los "Días del Cuidado" en sus colegios. Desde Kenia, un grupo de mujeres pidió permiso para traducir los relatos al suajili. En Quebec, un colectivo de teatro usó los poemas de Fatuma como base para una obra que se tituló "El Silencio que Quema". En todos los casos, el cuidado se volvió acto político. Y la ternura, herramienta de transformación.

A pesar de todo -o quizá por todo-, Samuel sentía que estaba gestando una rebelión suave, una revuelta de lo sensible. Las grandes instituciones aún seguían obsesionadas con gráficas y políticas ineficaces. Pero algo estaba cambiando en el subsuelo: una conciencia más antigua, menos ruidosa, más fértil.

Durante un congreso internacional en Quito, al que fue invitado como parte de una delegación latinoamericana, Samuel presentó su ponencia no con cifras, sino con relatos. Mostró el dibujo de la niña, leyó un poema de Fatuma, proyectó una foto del glaciar de Erik. Algunos aplaudieron con lágrimas. Otros lo miraron con condescendencia. Un científico alemán le preguntó:

- ¿Y cómo mide usted el impacto de lo que hace?

Samuel respondió:

- Con la cantidad de niños que ahora quieren plantar árboles. Con cada carta escrita por alguien que antes solo sentía rabia. Con cada silencio que se convierte en canción.

La sala calló. Porque, en el fondo, todos sabían que los algoritmos no curan soledades. Que la crisis climática es también una crisis del alma. Y que una historia compartida puede sanar más que un tratado técnico.

Cuando regresó a Chile, encontró un sobre entre los libros del Archivo. Era de una niña de Mongolia, que había leído uno de sus relatos en una traducción casera. Decía:

“Querido Samuel,

en mi casa hace mucho frío, pero mi abuela dice que la Tierra se está calentando. A veces no entiendo. Pero ahora, cuando escucho el viento, creo que es la Tierra hablando bajito. Le estoy escribiendo una canción”.

La carta cerraba con un dibujo de una tortuga con alas. Samuel sonrió. Había esperanza. Y no una esperanza ingenua, sino una esperanza que arde como madera seca. Una esperanza hecha de restos, de ruinas, de resistencias diminutas.

Comenzó entonces a escribir este ensayo. No como un testimonio, sino como una siembra. Porque el cambio climático, en última instancia, nos obliga a responder a una pregunta que no cabe en ningún informe:

¿Qué tipo de seres humanos queremos ser ante el derrumbe?

Samuel, el niño que nunca conoció la lluvia, respondía con actos. Su jardín ya no era solo un lugar físico, sino una ética. Un espacio que florecía en cada gesto de ternura consciente. Su lucha no era por el futuro, sino por el presente que aún es posible. Por eso escribió, como epígrafe del manifiesto:

Mientras quede una semilla en el bolsillo de un niño,

el mundo no ha terminado.

Y en esa convicción, Samuel siguió sembrando.

IX. Algoritmos que escuchan

Fue durante uno de los "Días del Cuidado" cuando Samuel escuchó, por primera vez, hablar de un proyecto que usaba inteligencia artificial para anticipar sequías en el altiplano. Un joven climatólogo, recién llegado de Santiago, explicó cómo los modelos predictivos, alimentados por datos satelitales y sensores terrestres, podían avisar a las comunidades con semanas de anticipación.

- No se trata solo de números –dijo-. Se trata de ganar tiempo. Tiempo para prepararse, para salvar cosechas, para proteger vidas.

A Samuel aquello le sonó a una paradoja hermosa: algoritmos trabajando para que los humanos puedan volver a sembrar con esperanza. Quiso saber más. En los meses siguientes, se involucró en talleres donde se reunían programadores y campesinos. Se tradujeron lenguajes: el de las máquinas y el de la tierra.

Aprendió que una IA bien entrenada podía detectar patrones invisibles al ojo humano, pero también que esos patrones no valen nada si no se conectan con la historia del lugar. Fue así como nació un proyecto híbrido: "Inteligencia Rural". La IA hacía las predicciones; las comunidades decidían qué hacer con ellas.

A Samuel le fascinaba que la misma herramienta usada para especular en bolsa o generar campañas de consumo, pudiera también servir para proteger una semilla. Como un bisturí: todo depende de quién lo sostenga.

En una de las reuniones, una niña preguntó si la inteligencia artificial podía “sentir”. Todos rieron. Pero Samuel respondió en serio:

- No. Pero puede ayudarnos a sentir mejor. A no llegar tarde. A cuidar antes de perder.

El grupo desarrolló un prototipo accesible: una aplicación que emitía alertas de riesgo hídrico en lenguaje sencillo. Las mujeres del pueblo la rebautizaron: "La Voz de la Tierra". Cada vez que sonaba una alarma, los vecinos se reunían en el huerto Ana Rema a decidir en conjunto: ¿regamos menos?, ¿resguardamos semillas?, ¿avisamos a los de la otra quebrada?

La tecnología, lejos de reemplazar vínculos, los tejía con mayor delicadeza. Era como una luciérnaga más, pequeña pero certera, iluminando un camino compartido.

En una visita a una comunidad del sur, Samuel fue testigo de algo que jamás olvidó: un anciano, que nunca había tocado un ordenador, explicaba a su nieta cómo interpretar los datos de temperatura acumulada. Usaba piedras. Las colocaba en círculo, cada una representando un día. Así le enseñó qué días eran críticos. La nieta lo miraba como si fuera un sabio.

- Las máquinas no reemplazan al abuelo -dijo Samuel más tarde-. Solo le devuelven la posibilidad de ser escuchado.

En un congreso en Bogotá, Samuel compartió este proyecto. Un científico japonés lo abrazó al final de la ponencia y le dijo:

- La IA más avanzada no será la que piense más rápido, sino la que escuche más hondo.

La frase quedó en la entrada del centro cultural en Iquique. Escribieron debajo:

“Aquí las máquinas no deciden. Acompañan.”

El cambio climático, pensó Samuel, es también una conversación pendiente entre el saber antiguo y el saber nuevo. Y si logramos que esa conversación tenga alma, quizás aún estemos a tiempo.

Desde entonces, cada año, durante el Festival de lo que Queda, una mesa está dedicada a los algoritmos que escuchan. No se exponen solo datos, sino experiencias: de cómo una predicción salvó una cosecha, de cómo una app alertó sobre la sequía que venía, de cómo una comunidad decidió, unida, cambiar su calendario de siembra.

Porque incluso las inteligencias no humanas, cuando se entrenan desde la humildad, pueden ayudarnos a reencontrar lo esencial: la escucha, el cuidado, la cooperación.

Samuel, que una vez escribió inventarios para resistir el olvido, ahora integraba esas cifras a relatos vivos. Porque la inteligencia no es solo la capacidad de calcular, sino también de comprender qué merece ser salvado.

Y así, en el cruce entre la palabra y el código, entre el algoritmo y el abrazo, el jardín de los últimos días seguía floreciendo.

X. Última semilla

El jardín de los últimos días no era un lugar. Era un latido, una memoria, un gesto. Una forma de mirar la Tierra no como recurso, sino como pariente. Samuel lo comprendía con más claridad cada vez que un niño plantaba una semilla con las manos sucias y los ojos limpios.

Sabía que el mundo no se salvaría con un solo relato, pero también que los relatos podían abrir rendijas en la piedra. Allí donde el colapso parecía inevitable, nacía una grieta. Y en la grieta, la luz.

Una tarde, mientras recogía hojas caídas en Ana Rema, Samuel pensó que tal vez la esperanza no era una promesa de futuro, sino una fidelidad al presente. Un acto de fe en lo que aún respira, aún canta, aún resiste. En los gestos pequeños que nadie filma: regar una planta, escuchar a un abuelo, no olvidar el nombre de un río.

El cambio climático es la mayor prueba de nuestra humanidad. No se trata solo de salvar la Tierra, sino de merecerla. Y si alguna vez logramos sobrevivir a nosotros mismos, será porque aprendimos, al fin, a vivir con humildad, con ternura, con memoria.

Porque mientras quede una semilla en el bolsillo de un niño, el mundo no ha terminado.